
El "83": sindicatos y peronismo federal en Río Negro y Neuquén

Gabriel Rafart*
crafart@uncoma.edu.ar

Resumen

El mundo sindical argentino de fines de la última dictadura e inicios de la fase democrática del 83 procuró establecer ciertos patrones de estabilidad organizativa para el movimiento político peronista. El principal desafío político de sus líderes fue superar la crisis de sucesión del peronismo y recuperar su posición como "columna vertebral" del movimiento. Los jefes sindicales fueron los más fuertes opositores junto a otros sectores "movimentistas" de una rutinización organizativa que favoreciera la "partidización" del peronismo. El insistente reclamo para cubrir el "tercio" de las listas a presentarse en los comicios de octubre de 1983 con dirigentes sindicales fue una de sus estrategias. Lo mismo ocurrió con sus pretensiones de definir las principales candidaturas a cargos ejecutivos. Resultado de esa doble estrategia –sobre la organización y los candidatos- fue la fórmula presidencial Italo Luder-Deolindo Bittel. Como ampliación de esa estrategia el sindicalismo se lanzó a una disputa desenfrenada por controlar las estructuras del peronismo "federal" de provincias.

Tanto sus partes neuquinas como rionegrinas fueron partícipes de esa estrategia. En el primero de los peronismos contará con la potencia del poderoso sindicato de los petroleros. La situación sindical rionegrina carecerá de

Peronismo - sindicalismo - año 1983 - Patagonia

*Gabriel Rafart es Historiador. Magister por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesor en Derecho Político e Historia Social de la UNCo e Investigador del GEHiSo. Autor del libro *Tiempo de Violencia en la Patagonia, Bandidos, Policías y Jueces 1890-1940* (Prometeo, Buenos Aires, 2008).

una fuerza equivalente, pero contaba con la trayectoria de las organizaciones gremiales durante el gobierno de Mario Franco entre 1973 y 1976. Mientras tanto, los líderes sindicales locales debieron afrontar en versión provincial la denuncia de que en las provincias también se estaba fraguando un pacto sindical militar como el que desde el púlpito nacional denunciaba el principal oponente al peronismo, Raúl Alfonsín.

En gran medida, los resultados de esa estrategia y de las elecciones de 83 en Neuquén y Río Negro condicionaron el desarrollo desigual de ambos peronismos, sobre todo en las oportunidades para que ingresaran a una renovada Argentina "peronista".

1983: Unions and federal peronism in Río Negro and Neuquén

Abstract

The Argentinian world of trade unions of the end of the last dictatorship and the beginning of democracy in the year 1983 tried to establish certain patterns of organisational stability for the peronist political movement. Its leaders' main political challenge was to overcome the crisis of the peronism succession and to recover their central position within the movement. The trade union leaders were the strongest opponents with other groups that favoured the organisation of peronism into political "parties". One of their strategies was their insistence on getting the third part of the lists prior to the elections held in October 1983 with trade union leaders. The same happened when they attempted to appoint the main candidates for executive positions. The result of this double strategy –on the organisation and the candidates– was the presidential ticket Italo Luder-Deolindo Bittel. As an extension of this strategy, the trade union movement struggled frantically to control the structures of the "federal" peronism in the provinces.

medium -

Both the members of trade unions in Neuquén and Río Negro participated in this strategy. In Neuquén, they got the important support of the powerful oil workers' union. Trade unions in Río Negro did not have an equivalent support, but they relied on the track record of the unions and associations during the administration of Mario Franco between 1973 and 1976. In the meantime, the local union leaders had to face accusations that the provinces were forging an agreement between unions and military forces, as was reported at a national level by the main opponent to peronism, Raúl Alfonsín.

To a great extent, the results of this strategy and the 1983 elections in Neuquén and Río Negro conditioned the uneven development of both peronist forces and had an influence on the opportunities for their inclusion in a new "peronist" Argentina.

Introducción

Los partidos políticos argentinos, cuando participaron de la competencia electoral de 1983, procuraron restablecer ciertos patrones de estabilidad y coordinación organizativa del período previo a la dictadura de 1976, debiendo enfrentar diversos desafíos. Dificultades que parecían amplificarse por la falta de acuerdo entre la dirigencia partidaria acerca de si el país estaba encaminándose hacia un futuro de institucionalidad democrática duradera o solo debía prepararse para afrontar un momento más de su larga historia de "*democracia entrecortada*" (Quiroga, 2000).

Las dos fuerzas que venían animando un incompleto sistema de partidos –peronistas y radicales- aceptaron los retos de este tiempo de incertidumbre sin dejar de lado la oportunidad que les brindaba la apertura electoral. Sin duda fue el peronismo el que cargó con mayores dificultades. Hasta ese momento contaba con una historia de imbatibilidad electoral, siempre y cuando se tratara de elecciones libres y sin proscripciones. Eso había ocurrido en tiempos del liderazgo de Perón. En el 83 ese mismo peronismo debió afrontar el doble desafío político de superar la crisis de sucesión por la muerte de su fundador y cubrir el liderazgo vacante. Las dificultades resultaron mayores para un partido de corte carismático (Mustapic, 2002). Fue entonces que el mundo sindical intentó asegurar su preeminencia como "columna vertebral" del movimiento proponiéndose resolver a su favor esa situación de vacancia.

Los jefes sindicales peronistas ingresaron a la arena política procurando evitar, junto a otros sectores "movimientistas", la rutinización organizativa de las estructuras peronistas. Querían evitar la "partidización" del "movimiento". Por ejemplo insistieron en cubrir con hombres de su propio sector el correspondiente "tercio" otorgado a cada "rama" en las listas de candidatos según la tradición movimientista.

Una extensión de esa estrategia del sindicalismo

fue controlar las estructuras del peronismo "federal" de las provincias, entre ellas las patagónicas de Neuquén y Río Negro. En el primero de los peronismos contaba la potencia del SUPE, el sindicato de los petroleros. Pero también con las dificultades de un proceso complejo que anticipaba en gran medida el debate posterior de la renovación peronista. La situación política del peronismo riogrentino carecía de una fuerza sindical de peso similar y, por sobre todo, debió trabajar sobre un mundo gremial fragmentado regionalmente y aún más, con sectores en proceso de construcción. También con las pretensiones de relegitimación del poder de una figura ligada al llamado "verticalismo" peronista, Mario Franco.

En definitiva, los líderes sindicales y la dirigencia peronista de ambas provincias elaboraron campañas erráticas y, en gran medida defensivas. La denuncia inicialmente lanzada por Raúl Alfonsín acerca de que se estaba fraguando un pacto militar-sindical tuvo en las provincias patagónicas sus propias voces inquisidoras. Todo ello en un contexto de lucha gremial y de un sindicalismo que procura incidir en el campo partidario. No menor resultaba que ese peronismo de provincia estaba viviendo un proceso de cambio de su dirigencia. Las posibilidades de que ambas trayectorias partidarias regionales comprendiera la construcción de un peronismo como partido "sindical de hecho" no pareciera haberse dado o si efectivamente ocurrió podría plantearse exclusivamente para el año clave de 1983.

En los siguientes apartados trataremos de reseñar inicialmente los desafíos partidarios, pero por sobre todo aquellos que afectaron al campo sindical durante el año electoral de 1983. Seguidamente, ofreceremos una caracterización general del momento electoral y movilización de los actores partidarios durante ese crucial año para las provincias patagónicas, en particular Neuquén y Río Negro. Finalmente, trataremos de señalar los rasgos de un tiempo que fue de aguda lucha gremial como parte del "resurgir de la sociedad civil", pero también de compleja lucha política dentro del peronismo, donde la estrategia sindical de colonizar el partido se tornó una

empresa compleja y de resultados ambiguos.

Los desafíos para los partidos y sindicatos frente al '83

El fin de la dictadura militar nacida en marzo de 1976 llevó al retorno de los partidos a la escena pública. Junto a ellos salen a la superficie un fragmentado y debilitado mundo sindical. Una porción de ese campo sindical había anticipado el cuestionamiento a la política económica y laboral de la dictadura. Entre la primera huelga general del 27 de abril de 1979 y la jornada de protesta del 30 de marzo de 1982 la conflictividad obrera marcó el fin del letargo en que se encontraba la sociedad argentina resultado del duro proyecto de disciplinamiento autoritario. Por otra parte, un sector de la dirigencia gremial evitó durante esos años un enfrentamiento abierto con el régimen. Algunos de sus líderes sindicales compartían los objetivos del gobierno dictatorial. A pesar de ello ni los "tibios", tampoco los disididamente colaboracionistas, pudieron desarrollar una estrategia consistente de "integración" primando en los hechos otra de "resistencia" según el clásico análisis que hiciera Daniel James para el período 1955-1976. (James, 1988)

Ya en la última fase de la dictadura –después de la derrota militar en Malvinas a manos de la Inglaterra- partidos y sindicatos hicieron su irrupción definitiva compitiendo contra el "partido militar". Éste había perdido muchos de los recursos con que proyectaba condicionar el camino hacia las elecciones generales, también respecto a sus acciones represivas. A pesar de ello no estaba muy claro como sería esa competencia. Aun después de la salida de Leopoldo Galtieri ese proceso aperturista seguía cargado de incertidumbre. La mayor parte de la dirigencia política enrolada en la Multipartidaria creía que la salida democrática no debía marginar a la corporación militar. Se contaba con que era posible una transición pactada. Mientras tanto, otro sector de ese amplio nucleamiento estaba convencido de la necesidad de una derrota polí-

¹ Hugo Quiroga reconstruye los debates al interior del nucleamiento de la Multipartidaria al referir a ese momento del “despertar de la sociedad civil” que se dio inmediatamente a junio de 1982 después de la derrota de Malvinas. Los sectores mayoritarios del radicalismo y del peronismo, el desarrollismo y la democracia cristiana conforman el ala moderada. Por otro lado el “ala dura” de la Multipartidaria –integrada por la minoría peronista, el Partido Intransigente– *sustentaba en cambio, la necesidad de una alianza antiautoritaria capaz de derrotar políticamente al régimen para arrancarle en esas condiciones la promesa cierta de elecciones*”. (Quiroga, 2004, pp. 289)

tica de las Fuerzas Armadas, de una transición sin condicionamientos¹.

Pero es, sobre todo a principios del año 1983, cuando los partidos políticos agregaron a esa disputa una doble competencia. En principio de naturaleza interna, a fin de consolidar un mismo espacio de coordinación de sus distintas estructuras que permitiera la reorganización partidaria. Fase marcada por la creciente movilización ciudadana que los partidos canalizaron por medio de un reclutamiento regulado, aunque los tomo por sorpresa la masividad. Asimismo, esos agrupamientos políticos no podían perder de vista la provisión de incentivos colectivos, principalmente ligados a su tradición. También debían enfrentar las tareas de seleccionar liderazgos.

Mientras tanto los sindicatos afrontaron desafíos de mayores dimensiones. El primero estaba enraizado en su realidad corporativa: tenían que afirmarse en su “política de intereses” frente a un contexto marcado por una economía recesiva y consecuente pérdida de puestos de trabajo, además de la retracción salarial por las medidas impuestas durante la dictadura. Efectivamente la acelerada desindustrialización debida a las políticas impulsadas por Alfredo Martínez de Hoz puso en tensión las bases sociales del poder sindical. A pesar de semejante contexto desfavorable los sindicatos procuraron recuperar posiciones perdidas, en particular recobrando su capacidad de negociación ante el Estado y el campo empresarial. Para ello debieron relanzar a sus líderes históricos. Muchos de ellos habían obtenido su legitimación en los tiempos virulentos de la Resistencia y en algunos casos durante Onganiato. La porción más ortodoxa había logrado una nueva carta de legitimación de la mano del mismo Juan Perón cuando optó por ellos frente a las “formaciones especiales” meses antes de arribar a su Tercera Presidencia. Estaba en juego una “vieja guardia sindical”, que no era ni tan vieja ni muy homogénea. Ello quedó a la vista en su comportamiento frente al régimen castrense. La intervención de la CGT y de sus más importantes gremios, el encarcelamiento de muchos dirigentes, la desaparición de otros especialmente de rango medio, había

restado oportunidades para sostener un esquema unitario.

Al promediar la dictadura se dieron los primeros intentos de reorganización sindical. Surgieron dos nucleamientos principales: la Comisión de los "25" y la Comisión Nacional del Trabajo (CNT). Los "25" estaban conformados por dirigentes que se distinguieron por su frontal oposición a la dictadura. Desde sus filas surgió la primera convocatoria a un paro nacional contra el Régimen en 1979. En cambio, los otros fueron señalados expresión del colaboracionismo y en no pocos casos debieron afrontar cargos efectivos sobre su complicidad con la dictadura. Algunos tuvieron participación abierta en la represión no solo durante los años más duros del régimen. Efectivamente, parte de esa dirigencia había facilitado recursos y hombres a las bandas ultraderechistas dedicadas a amedrentar y en muchos casos eliminar físicamente a opositores de izquierda, tanto del campo sindical como político.

La presencia de estos dos grupos daba cuenta del segundo de los desafíos: la necesidad de la unidad sindical. Combativos y colaboracionistas -enfrentados por miradas diferentes sobre la dictadura- debieron pronunciarse sobre un plan político que apuntaba a terminar definitivamente con la unidad sindical y debilitar su poder corporativo. Ya no solo contaba la pérdida de efectivos sindicales junto a la reducción de los planteles laborales, especialmente en el campo industrial. La cantidad de adherentes a los sindicatos industriales se redujo a cerca del 50 % entre 1973 y 1984².

Durante la dictadura se propuso una nueva legislación de Asociaciones Gremiales de Trabajadores. La Ley 22105 - sancionada el 15 de noviembre de 1979 durante la etapa comandada por Jorge Videla- no contemplaba las confederaciones y por sobre todo las entidades de tercer grado. Con esto último se ponía fin a la unidad sindical a través de una única central obrera. Procuraba la atomización de la vida gremial. Entre otras medidas contempladas en la Ley se limitaba los mandatos en los cargos

² Entre ellos sindicatos más poderosos como SMATA, AOT (Textiles), UOM. Paralelamente fueron creciendo los gremios ligados a los servicios como mercantiles, bancarios, gastronómicos, entre otros.

directivos. También otorgaba al Ministerio de Trabajo amplias atribuciones de intervención de los sindicatos. Además los gremios perdían el control de las obras sociales.

Frente a este ataque al núcleo unitario de la vida sindical la totalidad de la dirigencia gremial procedió a su rechazo, estableciéndose formas de unidad de hecho, por ejemplo a través de creación a fines de 1979 de la CUTA (Conducción Unificada de los Trabajadores Argentinos). La efímera existencia de esta última dejó en claro que había razones profundas para seguir el camino de la división. Inmediatamente, siguió la emergencia de dos CGT (Azopardo y Brasil). Junto a ellos la presencia de un conjunto de sindicatos no alienados con ninguna de las dos centrales.

Además de la búsqueda de la unidad perdida, atacada desde el régimen, otro de los retos que enfrentó esa dirigencia fue restablecer el prestigio como líderes dispuestos no solo a defender los intereses del sector representado, también en su compromiso con las instituciones democráticas. Contaban en su haber el pasado pactista con anteriores regimenes militares. Muchos de sus dirigentes habían sido actores clave del segundo tiempo de democracia entrecortada, de 1955 a 1973. Y en la medida en que se acercaban la elecciones de octubre de 1983 y la disputa partidaria se hacía mas dura esos lideres sindicales debieron enfrentar una nueva impugnación pública cuando desde una de las tribunas políticas fueron acusados de ser parte de un pacto con los militares destinado a condicionar la transición en marcha, además de toda la historia futura de la democracia³. Se los identificaba como la base sindical de una eventual democracia tutelada. También de un pasado reciente sesgado por la violencia.

Para el último año de la dictadura tanto los dirigentes combativos como los colaboracionistas buscaron recuperar la conducción de sus sindicatos apelando a los procedimientos ya transitados por muchos de ellos, de un tipo de democracia sindical limitada. Durante la segunda

³ Entre febrero y abril Lorenzo Miguel participa de varios encuentros secretos con hombres del régimen militar para negociar los términos de la transición democrática. Abonaba esa idea las reuniones que se sucedieron desde el año 1980, algunas informales producto de los fluidos contactos de la dirigencia gremial con figuras del régimen. De hecho se había llegado a acuerdos para evitar respuestas represivas por parte de las FFAA para con el sindicalismo movilizad. No siempre dieron resultados ya que el ala dura del ejército incumplió esos acuerdos como ocurrió en la violenta represión a la convocatoria del 30 de marzo de 1982. Por ello el 25 de abril de 1983 antes de viajar a España Alfonsín afirma. *"Tengo noticias de un pacto militar-sindical, que no se trataría de una alianza entre las Fuerzas Armadas y el sindicalismo sino que, por el contrario son acuerdos que se producirían entre el general Nicolaidis, el general Suárez Nelson y el general Trimarco con algunos hombres del sindicalismo"*. Entre estos últimos el candidato radical apuntaba directamente a Lorenzo Miguel. Los acuerdos entre la dirigencia sindical con el gobierno militar para "normalizar" los gremios abonaron los contenidos de esa denuncia. Según sostienen Ricardo Gaudio y Héctor Domeniconi: *"El procedimiento elegido en aquel momento dejó un amplio margen para el manejo discrecional del proceso electoral por parte de las dirigencias que se encontraban a cargo de las entidades laborales a través de diferentes fórmulas administrativas, todas ellas con carácter de excepción"*. (Gaudio y Domeniconi, 1986).

mitad del año de 1983 se fueron creando comisiones normalizadoras, continuando un proceso que se había interrumpido por los hechos de Malvinas. En la mayor de estas comisiones fueron nombrados dirigentes que habían conducido sus mismas organizaciones antes de que fueran intervenidas en 1976, otros solo continuaron en sus puestos. Antes de las elecciones generales por esos medios se habían normalizados de 335 asociaciones gremiales⁴.

Frente a este contexto esa dirigencia enfrentó un cuarto desafío: ganar posiciones a través de una competencia efectiva o siguiendo las reglas de los tiempos en que transformaron su poder en auténticas burocracias. En cualquiera de los dos caminos esa "vieja guardia" no pudo eludir la demanda de democracia sindical. Esa demanda llegó desde diversos actores. Por ejemplo, desde una nueva militancia gremial que procuraba recuperar la experiencia pasada del sindicalismo de base. También de otros sectores que venían bregando desde hacía varias décadas por ganar posiciones dentro de esas estructuras, como el Partido Comunista. Esa exigencia de mayor democracia sindical también estuvo en la voz de los actores políticos que se preparaban para la competencia electoral del 30 de octubre de 1983. Coincidió esa impugnación con la denuncia del pacto sindical-militar por parte candidato radical a la presidencia del país.

Finalmente, hubo un desafío que marco a fuego esa compleja realidad sindical. Este reto venía del estrecho vínculo entre clase trabajadora y el peronismo. El ser la columna vertebral del movimiento peronista no solo resultaba una consigna para reafirmar el carácter identitario del movimiento obrero. Los dirigentes sindicales querían recuperar para sí las posiciones asumidas después del vacío generado por la muerte de Juan Perón y darle continuidad al protagonismo logrado durante las jornadas movilizadoras de junio de 1975 que llevaron al alejamiento de la dupla José López Rega-Celestino Rodrigo.

En ese sentido, el "Rodrigado" resultó una experiencia ambigua para el campo gremial pues siguió la

⁴ Según el estudio de Gaudio y Domeniconi para el año 1984 de las 1171 entidades gremiales registradas, 335 habían sido normalizadas bajo el régimen militar. 612 de las 819 tenían las mismas autoridades elegidas antes de 1976, 111 estaban en poder de comisiones transitorias designadas durante el gobierno dictatorial. ((Gaudio y Domeniconi, 1986)

reorganización del gobierno de Isabel con el alejamiento de Antonio Cafiero –quién había llegado con apoyo de los sindicatos- y el retraimiento de sus líderes ante la proximidad del golpe de marzo de 1976. A pesar de este desenlace quedó en la memoria de la dirigencia sindical la oportunidad perdida durante un corto tiempo que creyeron controlar el gobierno, entre fines de octubre de 1975 a enero del año siguiente.

A esa experiencia pueden sumarse las enseñanzas del vandomismo⁵. Capital político que iba más allá de los típicos comportamientos gansteriles y puramente corruptos, pues apuntaba a la idea de un movimiento-partido laborista. Aún más, en esas prácticas estaba lo que Daniel James identifica una suerte de consenso favorable a las conducciones gremiales⁶. Si durante la década del sesenta el vandomismo llegó a pensar “un peronismo sin Perón”, la muerte de éste pareciera haberle dado la oportunidad de cristalizar aquel desafío. Con la desaparición del líder y la ausencia de una figura fuerte equivalente dentro del sindicalismo –aun con la presencia de su viuda y de Lorenzo Miguel- había una suerte de retorno a esa fórmula, aunque bajo una nueva modalidad.

Por ello, hacia fines del tiempo de la dictadura y apenas iniciado el ciclo competitivo que incluía la normalización partidaria, la dirigencia gremial se lanzó a la “conquista” del partido como algo más que una herramienta electoral. La baja “densidad” institucional de las estructuras justicialistas permitió que ese juego prosperara. También fue favorecido, como sostiene Seteven Levistky por la falta de reglas claras en la naturaleza del vínculo entre los sindicatos y el partido. (Levistky, 2004) Esa dirigencia, una vez reconquistado los sindicatos, creía estar en condiciones de ofrecer abundantes recursos para afrontar el tiempo de unas elecciones fundacionales. En definitiva podía ofrecer un incentivo colectivo fundamental para reafirmar la identidad peronista: el que hacía a la asociación peronismo-trabajadores-pueblo.

Siguió la inmediata etapa de “sindicalización” del partido interrumpida luego con el avance de la

⁵ Experiencia ambigua si las hay ya que el movimiento sindical peronista tuvo una historia más larga vinculada a su carácter “opositor”. El tercer gobierno de Perón los reintegró a un pasado “oficialista”, aunque de manera incómoda. De hecho la resultante del Rodrigazo resultó parte de esa experiencia ambigua. Juan Carlos Torre señala esta distinción como decisiva para el desempeño del movimiento obrero durante los años previos al golpe de 1975. (Torres, 1983)

⁶ Daniel James sostiene que esas prácticas dentro el contexto general de la historia del movimiento obrero “*la burocracia y las bases no son necesariamente polos opuestos sino que se relacionan estrechamente uno con el otro*”. (James, 1988, pp. 339)

Renovación. Entre los resultados más efectivos de esa sindicalización partidaria fue la misma fórmula a presidente del justicialismo. Según los diversos actores del momento, Luder-Bittel fue una fórmula impulsada por Diego Ibáñez y Lorenzo Miguel. Como bien señala el mencionado Levitsky el PJ que emerge de la dictadura militar se presenta como un *"partido de base sindical de facto"*. (Levitsky, 2003) Junto al poder demostrado por los sindicatos sus dirigentes reconstruyen las 62 organizaciones que también participa del proceso de conquista del partido, sobre todo en situaciones donde las estructuras gremiales eran más débiles.

La conquista del partido no solo se dirigió a definir los candidatos nacionales. Los líderes sindicales quisieron repetir el éxito logrado en 1973 cuando no pocas candidaturas a gobernador quedaron en sus manos. En aquel momento los sindicatos pusieron la logística, los recursos organizativos, gran parte del financiamiento, hasta figuras propias en posiciones de gobierno. Sin embargo, en el nuevo contexto ese reto no resultó tan sencillo de resolver ante la realidad de un peronismo de provincias convulsionado, fragmentado, con sectores reacios a aceptar esas imposiciones. A su favor contaba el pasado "laborista" en la conformación del primer peronismo federal.

En muchos de esos escenarios provinciales la reorganización partidaria significó un proceso transformador que fue parte de un proyecto reformista, englobado luego en la Renovación. A pesar de ello el mundo sindical de provincias contaba con directivas precisas: apuntalar candidatos que fueran de su propio riñón, y en el caso en que no se lograra imponer su capacidad de veto. La conquista de ese peronismo federal resultó entonces uno de sus principales retos. Contaban con recursos materiales y organizativos para ello. También con las dificultades por parte de los "políticos" para armar espacios en condiciones de competir con esas estructuras. Estos carecían de una estructura territorial mientras la principal ventaja del campo gremial peronista era su profusa red gremial extendida en todo el país. Muchas de las candidaturas a gobernador y vice fueron para sindicalistas u hombres

cercanos a ellos. Tal los casos de Herminio Iglesias en Buenos Aires, José María Vernet en Santa Fe, la candidatura de Alejo Simó a vicegobernador en Córdoba. Lo mismo ocurrió a la hora de definir postulaciones para cargos de legisladores nacionales y provinciales.

El 83: movilización y competencia política en Río Negro y Neuquén

Antes de arribar al año 1983 la transición democrática en el país estuvo caracterizada por la incertidumbre acompañada de un voluntarismo por dejar atrás la pesada carga recibida de la mano de la última dictadura militar. Lanzado el momento electoral hubo una intensa lucha política dirigida a movilizar conciencias frente a ese pasado reciente y preparar a los votantes para decidir quienes ocuparían los principales cargos electivos. En las provincias patagónicas muchos de esos actores pretendían afirmar sus expectativas mayormente en el plano nacional dejando en segundo lugar el ámbito provincial, relegando aún más los de nivel municipal. Los partidos nacionales fueron quienes vivieron esta tensión al límite.

En Río Negro y Neuquén, el año 1983 fue pensado como un momento fundacional. Contaba no solo la salida de la dictadura, también la apertura a un nuevo capítulo de su vida política por la "juventud" institucional de sus provincias. Habían transcurrido apenas veinticinco años desde que se habían elegido sus primeras autoridades políticas.

La UCR, bajo el liderazgo renovado de Raúl Alfonsín logró imponer una renovada dirigencia para competir en las elecciones de cada distrito. La mayor parte pertenecía a su sector de Renovación y Cambio. Por otro lado, el Partido Justicialista prometía hacer lo mismo, afrontando al mismo tiempo los obstáculos presentados desde un feroz internismo que parecía continuar una historia no saldada. Pesaba en él la cruenta caída de la administración de Isabel Perón y la persecución de sus dirigentes a manos de las Fuerzas Armadas. El radicalismo mostraba

mejores condiciones para afrontar el lenguaje de oposición a la dictadura y de futura afirmación democrática. Mientras tanto el peronismo regional se debatía entre proyectar dirigentes de un discurso "ortodoxo" y condescendiente ante el tema del terrorismo de Estado. A él se oponía otro conjunto –muchos de pasado setentista- que creía necesario una profunda renovación. A pesar de esto último el peronismo de cada provincia, se creía seguro ganador de la contienda del 30 de octubre de 1983. La relanzada y extensa red de sindicatos estaba a su servicio. También la proliferación de unidades básicas en los pueblos y ciudades provinciales. Si bien los gremios habían visto reducida sus capacidades políticas, el mundo sindical patagónico seguía ofreciendo ingentes recursos y militancia. El peronismo regional prometía repetir los triunfos de 1973, que les había dejado en sus manos los gobiernos de Río Negro, Chubut y Santa Cruz. Neuquén fue el único distrito que le había resultado esquivo.

El mismo impulso renovador por una democracia que pudiera dar cuenta del pasado reciente de violaciones a los derechos humanos y de afirmación de instituciones democráticas comprendía a otra agrupación desprendida del tronco radical: el Partido Intransigente. En varias localidades, sobre todo de el Alto Valle del Río Negro y del Neuquén, los dirigentes intransigentes estaban en condiciones de disputar poder territorial al radicalismo y el peronismo. En cambio, para algunos partidos provinciales, la contienda electoral de 1983 se presentaba como un momento político más, de reafirmación de un sentido parroquial de la política. Los agrupamientos políticos provinciales y los escasos vecinales que ya contaban con experiencia electoral, desplegaron sus recursos para lograr retener su "aldea política". Entre estos agrupamiento el Movimiento Popular Neuquino tenía plena confianza por haber sido gobierno. Disponía además del doble liderazgo encarnado en las figuras de Felipe y Elías Sapag. El MPN había ganado todas las elecciones desde 1963. En 1983 el partido de los hermanos Sapag daba por seguro que en elecciones libres tendría una actualización plebiscitaria de sus pasados triunfos. La historia elec-

toral de los últimos veinte años estaba de su parte.

Las otras entidades provincialistas –el Partido Provincial Rionegrino- estaban seguros que los comicios del 30 de octubre serían un momento más de sus históricas disputas contra los partidos nacionales a fin de conocer quienes representaban de mejor manera la doble identidad provincial y popular. Sin embargo, fueron incapaces de sortear en sus distritos la polarización entre el centenario radicalismo y el partido fundado por Juan Domingo Perón. El P.P.R. fue una esas víctimas y quedó prácticamente desdibujado en la contienda a gobernador de 1983.

En la medida que se acercaba la fecha de los comicios, la movilización ciudadana fue incrementándose. Participación intensa que venía activada desde que la dictadura militar inicio su desordenado repliegue después de la derrota de Malvinas. Hacia fines de 1982, con la conformación de distintas multisectoriales en varias ciudades – algunas de ellas mas abiertas que la constituidas a nivel nacional por la Multipartidaria- se venían organizando eventos y actividades exigiendo el pronto regreso a la democracia e iniciándose simultáneamente un vasto movimiento a favor de la causa de los derechos humanos. Desde otros ámbitos, como la Iglesia Católica, con Monseñor Hesayne en Viedma y fundamentalmente, el obispo Jaime De Nevares, en Neuquén, hubo pronunciamientos contundentes en el camino de la lucha a favor de los derechos humanos y el retorno de los militares a los cuarteles.

Hacia mediados del año 1983 y después de una intensa y masiva campaña de afiliación, los principales agrupamientos partidarios definieron las candidaturas a gobernador y vice, legisladores provinciales y nacionales a través del mecanismo de internas según las reglas del nuevo Estatuto de Partidos Políticos impuesto por el régimen. El Partido Justicialista rionegrino había realizado una importante campaña de afiliación. Había logrado sumar 33.000 adhesiones sobre algo más de 190.000 electores, el 15 % de los habilitados. En la Patagonia solo

fue superado por el MPN con 37.000 afiliaciones. Para el PJ neuquino las cifras fueron más modesta, 7.000 adhesiones.

El proselitismo electoral siguió los rituales y prácticas de las viejas campañas con una militancia voluntaria y esforzada, propaganda callejera, volantas entregadas mano a mano y la convocatoria a mitines públicos. La participación de los jóvenes fue decisiva. También se abrieron sedes partidarias en todas las localidades. Las principales figuras nacionales apuntalaron a los candidatos locales. Octubre fue el mes de visita de Raúl Alfonsín y su compañero de fórmula. También los postulantes a la Presidencia y Vice presidencia por el PJ, Italo Luder y Deolindo Bittel arribaron a las ciudades más importantes de la región. Además del candidato del PI, Oscar Alende, igual que otros dirigentes nacionales de partidos menores.

Varios miles de ciudadanos se reunieron en Viedma, Bariloche, Neuquén, General Roca, Allen, para los cierres de campaña. En la ciudad de Neuquén el candidato radical realizó la mayor convocatoria de toda la Patagonia. El 15 de octubre Raúl Alfonsín se dirigió ante una multitud superior a los 15.000 asistentes. Antonio Mucci del Movimiento Nacional de Renovación Sindical fue su compañero de tribuna. Ambos destacaron en su discurso la necesidad de una democracia sindical. El tema del pacto militar sindical estaba en boca de la mayor parte de los dirigentes radicales nacionales. Los candidatos locales hicieron lo propio. El tema del pacto se transformó en un dispositivo discursivo eficaz ya que esa denuncia *"constituyó simbólicamente al peronismo en el lugar de la repetición, de lo imposible, de lo inviable, al tiempo que ponía al radicalismo del lado de la garantía –que la sociedad argentina parecía reclamar– de la ruptura con el pasado, de la garantía de que ciertos hechos de ese pasado que se trataba de dejar atrás no sucediera ‘nunca más’"*. (Rinesi y Vommaro, 2007, pp. 429)

Los últimos días de campaña revivieron las viejas rivalidades entre peronistas y radicales dando lugar a enfrentamientos callejeros y mutuas acusaciones. Desde

las tribunas peronistas hubo intentos de responder a aquellas denuncias de complicidad con los militares haciendo una defensa acérrima de la democracia. En Neuquén fue donde se presentó un discurso más aguerrido y de compromiso con los derechos humanos. El peronismo neuquino contará también con una de las movilizaciones más importantes de la región, que parangonaba a la realizada por el radicalismo. El candidato a vicepresidente Deolindo Bittel participó de un acto con cerca de 6.000 asistentes, convocatoria que fue superada dos semanas después en el cierre de campaña del peronismo neuquino que sin la asistencia de ninguna figura nacional relevante reunió 20.000 personas. Los candidatos a gobernador Oscar Massei y a vice Luis Novoa marcaron su compromiso con el tiempo democrático y de denuncia contra el régimen. Mientras tanto desde la escena rionegrina el candidato a gobernador por el PJ Mario Franco se distingue de aquellos, ofreciendo un discurso más moderado, que parecía continuar el tono conciliador con el que dirigió gran parte de su campaña interna cuando aún no había sido levantada su interdicción a los cargos públicos de acuerdo a los cargos montados en su contra por el régimen⁷.

⁷ El discurso de Franco para la campaña electoral no era muy distinto al montado durante las elecciones internas del PJ. Según la mirada de un analista del Diario Río Negro, *"el sector de Mario Franco no ofreció una campaña opositora a la dictadura en la búsqueda de su habilitación como candidato"*. Río Negro, General Roca, 5 de agosto de 1983.

Las elecciones del 30 de octubre se desarrollaron con normalidad. Algo más trescientos mil ciudadanos fueron convocados a sufragar en los dos distritos. La tasa de presentismo electoral fue muy alta. El porcentaje mayor correspondió a Neuquén, siguiéndole Río Negro, con un 87 y 85 % respectivamente. En la región el triunfo de Alfonsín para presidente fue contundente. En Neuquén obtuvo el porcentaje más bajo, el 45 %, El PJ de Neuquén apenas un 22 %, los candidatos a electores del MPN el 28 %. En Río Negro la UCR obtuvo el 54 % frente a un cercano 40 % del PJ.

Los resultados se repartieron a la hora de escutar los votos para gobernadores. Río Negro acompañó el triunfo nacional del radicalismo. La UCR rionegrina obtuvo el 52,69. La fórmula encabezada por Osvaldo Alvarez Guerrero se impuso cómodamente mientras el PJ quedó a una distancia considerable, por debajo del promedio

nacional, con un 36,91. En Neuquén, el MPN, postulando por tercera vez a Felipe Sapag, ganaba las elecciones superando el 55 de los sufragios. Radicales y peronistas terminaron casi empatados.⁸

Lucha gremial lucha política, tras la búsqueda del partido

La "resurrección" de la sociedad civil durante el año 1983 contó con un vasto movimiento social y cultural de denuncia y resistencia, además de una intensa actividad gremial. Los sindicatos además de promover medidas de fuerza destinadas a recuperar posiciones pérdidas acompañaron muchas de las actividades políticas de oposición a la dictadura. Los gremios sumaron a sus demandas específicas los de naturaleza política: restablecimiento de las actividades políticas, fin del estado de sitio, rechazo al proyecto de autoamnistía, etc.

A las acciones reivindicativas orientadas "nacionalmente" los sindicatos regionales propusieron las propias. En principio coincidían con las demandas generales. El fin de la veda gremial, aumento de salarios, vigencia de los últimos convenios firmados en 1975, el manejo de las obras sociales, la reincorporación de trabajadores despedidos, normalización sindical, etc., fueron los motivos principales en la conflictividad obrera.

La Unión de Trabajadores de la Educación de Río Negro fue el gremio que protagonizó el mayor número de huelgas. Entre abril y septiembre de 1983 convocaron a una decena de paros, algunos de ellos por 72 horas. El principal motivo: incremento de los salarios de los maestros y restablecimiento del estatuto del docente. En la provincia de Neuquén los trabajadores docentes agremiados en una organización nueva (ATEN) convocaron a diversas medidas de fuerza a pocos meses de las elecciones.

Otro de los sectores de alta conflictividad fue la construcción. Los trabajadores de las grandes obras (Alicura, entre ellas) adheridos a la UOCRA fueron prota-

⁸ En esta provincia debió convocarse a nuevos comicios solo para una mesa electoral por el virtual empate entre la UCR y el PJ. La elección complementaria otorgó ganador al PJ, quedando la UCR fuera de la escena parlamentaria. Debía establecerse quien era el segundo en caudal de votos para luego repartir las bancas del parlamento provincial. De acuerdo al esquema heredado de la ley Sáenz Peña y refrendado por los constituyentes de 1957, se le otorgaba un bloque de diez diputados al segundo mientras el vencedor obtenía una mayoría de quince legisladores

gonistas de diversos conflictos con motivaciones diferentes, desde el abaratamiento del comedor en las obras hasta la recuperación de la entidad gremial que seguía en manos de los delegados de la intervención militar. De hecho una parte de ellos decidió ocupar las instalaciones gremiales en Neuquén.

También el sindicalismo ligado a la explotación petrogasífera recurrió a distintas medidas de fuerza. Aquí estaba en juego la recuperación de la poderosa seccional del SUPE de Plaza Huinca-Cutral Co. Con cinco mil afiliados era la filial más importante de toda la Patagonia, además de definir la sociabilidad de dos comunidades enteras. Un sindicato de pequeña estructura (de Petróleo y Gas Privado) también participó en diversas medidas de fuerza. Hubo conflictos en empresas contratistas de YPF conducidos por delegados ligados a las agrupaciones que a nivel nacional se identificaban con el sector liderado por Diego Ibáñez. En el SUPE otra línea gremial enfrentada a este último, con amplia militancia del radicalismo, confluyó en algunas de esas medidas con sus opositores internos.

Otro conjunto de trabajadores fue convocado a la lucha gremial. El salario siguió siendo la principal reivindicación. Entre los meses de agosto y el día de elecciones generales del 30 de octubre de 1983 bancarios, gastronómicos, judiciales, mineros, madereros, entre otros llevaron a cabo acciones reivindicativas. Paros de actividades, trabajo a desgano, movilizaciones con entrega de petitorios, fueron parte del repertorio de protesta.

La reorganización del mundo gremial en ambas provincias fue un proceso complejo. En Río Negro a las diferencias de alineamiento respecto a las dos CGT nacionales se sumó las de carácter regional. Hubo distintos intentos por parte de los gremios rionegrinos por construir una única central en la provincia. Una vez que se realizaban esos encuentros normalizadores sus principales protagonistas pronunciaban públicamente la necesidad de evitar alinearse con alguna de las dos CGT. Varios plenarios terminaron fracasando al momento en que debían

designarse la conducción. Primaba las diferencias entre quienes efectivamente estaban alineados con los seguidores de Saúl Ubaldini o Jorge Triaca. De allí que el panorama gremial rionegrino estuvo marcado a fuego no solo por esas diferencias nacionales, también por las pretensiones de la dirigencia de algunas de las tres CGT de facto existentes en la provincia.

Efectivamente, para el año 1983 Río Negro cuenta con tres entidades regionales: de la Zona Atlántica, del Alto Valle y de la zona Andina. Esta última estaba centrada en la actividad gremial de Bariloche. Las dos primeras tuvieron mayores puntos de acuerdo, mientras la tercera tuvo mayor autonomía. Y por si fuera poco la creación de otro conjunto sindical -la Coordinadora de Gremios estatales de Río Negro- intentaba mantener cierta distancia de esas "regionales". A pesar de esa dispersión organizativa durante la mayor parte del año 1983 hubo pretensiones unitarias para reunir mayormente a los gremios de la zona Atlántica y del Alto Valle, además de algunos con actuación en la región cordillerana.

Otra situación complicó el panorama gremial rionegrino. Algunos sindicatos dividieron sus preferencias y participaron activamente en la disputa interna dentro del Partido Justicialista. Especialmente por las candidaturas a gobernador y vice. Además se sumó un tercer grupo de gremios que evitó un compromiso con cualquier candidatura. Entre estos últimos se encontraron las entidades nucleadas en la Confederación de Gremios Estatales. Asimismo, los adherentes gremiales al peronismo debieron dividir sus preferencias. En muchas localidades no solo lo hicieron por dos sino, sino hasta por cuatro expresiones diferentes, de acuerdo al número de candidaturas para conformar la conducción partidaria de cada lugar.

No hubo un decisivo corte entre gremios regionales ligados a la entidad nacional de la calle Brasil y los de Azopardo. Los primeros por su carácter más combativo apoyando la propuesta renovadora de la COI y los segundos por su nota más verticalista con la candidatura ortodoxa de Mario Franco. Más aún, entre quienes anunciaron

colocarse a distancia de uno y otro sector, mayormente los dirigentes de gremios estatales, hicieron una opción de hecho a favor de los opositores al ex gobernador. En una localidad donde estos gremios tenían un peso mayor como Viedma la lista de la COI se impuso holgadamente sobre la de Franco. En cambio, el candidato oficialista recibió mayores adhesiones en las localidades donde la presencia de estos gremios es muy baja o insignificante. En cambio las parcialidades se dividieron en los ámbitos donde estaban radicadas entidades opositoras a la conducción más verticalista de la CGT regional adherente a la campaña de Franco. En efecto, dirigentes del sindicato de trabajadores de la fruta tuvieron un mayor acercamiento a la candidatura de Raúl Lehner.

La situación de Neuquén resultó igual de compleja. En principio el mundo sindical neuquino tenía una ventaja sobre el escenario rionegrino. Contaba con una suerte de equivalente a los grandes sindicatos industriales de Buenos Aires –UOM, AOT, SMATA- en el SUPE de Plaza Huincul-Cutral Co. Con cerca de 5.000 afiliados era el gremio más poderoso de la región. A pesar de ello, en el interior de la entidad de los petroleros desarrollaron su actividad agrupamientos no peronistas –mayormente de extracción radical-. La presencia de este sector restó a los propios peronistas capacidades para disponer libremente de esa estructura como si lo hicieron otros sindicatos nacionales. Los líderes peronistas petroleros –Ernesto Ramírez, Luis Novoa, entre otros- respondían a la jefatura de Diego Ibáñez, uno de los arquitectos de la fórmula encabezada por Luder. Sin duda este trató de incidir en las disputas de su filial regional y con ello avanzar en la estrategia de “sindicalización” del peronismo. La consagración de Luis Novoa –ex secretario general del SUPE regional- como candidato a vice gobernador por el peronismo parecía dar cuenta del éxito de esa estrategia. Además la ubicación de hombres de los sindicatos en la nómina a legisladores fue otros de sus logros.

Junto a esa presencia del SUPE la provincia contaba con otro mundo sindical importante. Entre ellos la muy numerosa UOCRA. El mayor número de adherentes esta-

ba en las grandes obras. A pesar de una genérica adhesión al peronismo regional, en la base de este gremio comenzó a desarrollarse una corriente de militancia ligada a la izquierda que a los pocos años logró conquistar la conducción del sindicato.

Hubo otro conjunto de gremios desplegados en la región, teniendo un mayor número de afiliados en Río Negro (SMATA, tabacaleros, vitivinícolas, madereros, gas-tronómicos). Junto al proceso de normalización de esas filiales se inició otro destinado a la división de algunos de ellos para una mejor autonomización administrativa.

Las entidades sindicales de los empleados públicos también vivió la fractura, aunque debido a razones de otro orden. Debe mencionarse la creación de un nuevo gremio a partir de miembros delegados de UPCN que sufrieron duras sanciones por parte de la conducción normalizadora. A partir de entonces se crearon los pilares para la filial neuquina de ATE⁹. La nueva entidad que agrupó a los empleados estatales dominó gran parte de escenario gremial neuquino hasta que a mediados de los noventa UPCN recupera mucha de las posiciones perdidas. La otra entidad que nació en esos años fue la Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén.

El mundo sindical neuquino estaba en disputa por la dirigencia política regional. Mayormente los peronistas pero también los emepenistas se arrogaban para sí la conducción de diversos sindicatos. Esta última dirigencia de acuerdo a su origen –peronista, neoperonista- estaba en condiciones de reclamar para sí la adhesión de los trabajadores sindicalizados. Consideraban que en su proyecto desarrollista, integracionista y de políticas de bienestar, estaba en perfecta sintonía con los intereses de los trabajadores organizados. En definitiva el MPN seguía considerándose la versión neuquina del peronismo. Igual que ocurrió con los líderes peronistas, una parte de la militancia sindical del partido provincial participó de un proceso de renovación partidario¹⁰.

El peronismo neuquino no solo debía lidiar con las diferencias en su interior entre renovadores y verticalistas,

⁹ A fines de junio fueron expulsados cuatro delegados de UPCN por la comisión normalizadora. Entre los sancionados estaban Luis Paneta y Julio Fuentes, futuros dirigentes de la nueva entidad gremial que luego se conformara como ATE Neuquén.

¹⁰ Muchos de esos dirigentes, de los gremios estatales, participó más adelante en la conformación del MAPO, corriente interna del MPN que propició la "democratización" del partido en tensión –aunque no de manera rupturista- con el partido "carismático" de los hermanos Sapag.

entre los seguidores de la fórmula que resulto triunfante con Massei y Novoa a la cabeza y quienes estaban alineados con Angel Romero. Debían disputar el espacio gremial y popular al partido provincial. Y en algunas localidades la situación resulto de una competencia de cuatro actores, al sumarse un radicalismo sindical de "cuello blanco" (entre los empleados administrativos del SUPE), sobre todo en las dos comarcas petroleros. Por ello las figuras de Massei radicaliza su discurso entendiendo a peronismo como un "proyecto revolucionario antioligárquico y antiimperialista" mientras en la disputa interna su contrincante se definía desde los patrones clásicos del relato peronista, a favor de la conciliación de clase. Se repetían los posicionamientos que tuvieron su desarrollo en Río Negro en la disputa interna entre Franco y la COI. La diferencia es que mientras en el peronismo rionegrino el ex gobernador se alzó con el triunfo entre los neuquinos el ganador resultó Massei¹¹.

¹¹ Las elecciones internas del PJ de Río Negro se llevaron a cabo el 7 de agosto de 1983 y arrojaron los siguientes resultados: sobre 32.878 afiliados en condiciones de votar, triunfo Mario Franco con 14.500. 6.000 votos obtuvo su contrincante Raúl Lehner. En Neuquén los comicios fueron convocados tres semanas más tarde, el 21 de agosto. Massei se impuso holgadamente sobre sus dos contrincantes con cerca de 62 % de los sufragios. En ambas contiendas voto cerca del 75 % del padrón de afiliados.

Conclusiones: el peronismo federal, ni partido sindical ni partido clientelar

En las provincias patagónicas la batalla por reconstruir la vida partidaria del justicialismo tuvo un derrotero ambiguo. El mundo gremial de la región no contaba con sindicatos poderosos a excepción de los petroleros del SUPE, la UOCRA, el sindicato de los trabajadores de la fruta, y de quienes estaban comprendidos dentro de la administración pública. Estos últimos, recién iniciaba un proceso de reorganización cuando no de refundación. Las restantes organizaciones de alcance nacional sumaban algunos centenares de afiliados y muchas de ellas estaban "regionalizadas". Algunos de ellos por estar afincados en dos provincias no necesariamente obtuvieron mayor fortaleza.

Se entendía entonces que los líderes de estos trabajadores organizados debían lealtad al peronismo. Acerca de esa identidad política la situación resultó más compleja. En Neuquén una parte del sindicalismo había estable-

cido lazos permanentes con fuerzas políticas que competían con el peronismo, como era el caso del Movimiento Popular Neuquino. En menor medida la presencia de militantes comunistas, de otros sectores de izquierda –el MAS tuvo su momento entre los trabajadores de la construcción-, además de la militancia sindical radical- propusieron un mundo sindical no tan monocolor de acuerdo a las pretensiones del peronismo. En el ámbito rionegrino la identificación entre peronismo y el sindicalismo organizado tenía mucho mayor asidero. Recién pasada la década del 80 esa arena social comenzó a tener otras expresiones.

Por otro lado la dirigencia local sindical peronista debió responder a un temprano aunque no muy lineal proceso que luego sería expresión de un movimiento de alcance nacional. En efecto la renovación peronista ofreció elementos nuevos a la hora de pensar un partido peronista menos dependiente de esa identidad. A pesar de ello el sindicalismo regional logró hacer pie en la conducción de los partidos justicialista de distrito y en varios casos algunos de sus dirigentes fueron parte de su jefatura mientras otros ocuparon las principales candidaturas para las elecciones provinciales de 1983. Uno de esos casos es la provincia de Neuquén con el sindicalista del SUPE Luis Novoa como candidato a vicegobernador. En Río Negro la postulación de Mario Franco pareciera reflejar la presencia de esa política de conquista, sobre todo por el apoyo recibido en su disputa interna con sectores renovadores de los gremios "verticalistas".

Sin embargo, ninguna de las dos situaciones deben considerarse un reflejo pleno de ese proceso en la transformación del peronismo regional en una filial de ese partido sindical de facto que señala el mencionado Steven Levitsky, y si éste existió agotó su experiencia entre los años 1983 y 1984. Tampoco dio lugar a la conformación de un "partido de ciudadanos". Y la idea desarrollada por el cientista político norteamericano de la construcción en las provincias de filiales de un partido del tipo clientelar no tuvo su entero correlato ya que para que ello ocurriera tanto en Neuquén como en Río Negro los peronistas

debían haber tenido bajo su control el aparato estatal.

Si el gremialismo no logró semejante cometido se debió a que su mundo fue afectado por la política represiva y dispersión de sus estructuras de la dictadura militar. Si bien es cierto que varios dirigentes sindicales accedieron a posiciones relevantes, su poder ya es declinante, sobre todo a partir de los años que siguieron a las elecciones cruciales de 1983.

Lo cierto es que ese conjunto de tensiones terminaron por definir el futuro de los seguidores de Perón de ambas provincias. A partir de entonces ambos distritos tuvieron en común ser excepción dentro del concierto nacional. Ni en Río Negro ni en Neuquén el peronismo logró acceder al gobierno provincial en las seis elecciones distritales que siguieron a las de 1983. Paradójicamente fue la representación política de uno de esas provincias la que hizo naufragar la iniciativa que era la consecuencia política de las denuncias sobre el pacto militar-sindical y que desincentivaría entre otras cuestiones la sindicalización de la vida partidaria. El proyecto de democratización sindical –conocido como Ley Mucci- cayó por el voto negativo en el Senado Nacional de una de las figuras fundadoras del MPN Elías Sapag¹². Más adelante la pérdida de poder sindical –sobre todo en la provincia de Buenos Aires y el litoral- y la consecuente desindicalización del justicialismo fue parte de un proceso de mayor envergadura que continuó a los cambios sociales en la Argentina desde arriba de las recetas neoliberales.

Finalmente, tanto la primera legislatura provincial de Neuquén como de Río Negro contaron con diputados de extracción sindical. Dos de diez para la primera provincia y tres de diez para la segunda. En la nueva composición de 1987 ya no fue tan significativa esa presencia, y las que siguieron lo fueron aún menos. En 1985 con la renovación de diputados nacionales un hombre del SUPE llegó al parlamento nacional por Neuquén, Ernesto Ramírez. En el caso de Neuquén pasada dos décadas hubo una suerte de “resindicalización” de la vida política. Aunque para nuevo tiempo el peronismo no fue protagonista. Cuenta en ese

¹² El proyecto de ley de reordenamiento sindical ingresa a la Cámara Baja a la semana de constituida la legislatura nacional en 1983. Fue aprobado en ese recinto y rechazado en marzo del año siguiente en el Senado. Elías Sapag fue clave de la caída del proyecto, ya que con su eventual voto afirmativo se llegaría a una situación de empate -22 a 22- lo que no ocurrió. El senador del MPN había participado de varias negociaciones que no prosperaron para que votara junto al oficialismo.

proceso la creación desde cierto sector de ATE del partido UNE, además del protagonismo de dirigentes gremiales petroleros (ya no del SUPE sino del sindicato de los petroleros privados) y la presencia de un bloque de tres diputados petroleros del MPN en la legislatura de Neuquén. En el caso del peronismo cuenta con un líder sindical con pretensiones de conquista del PJ y de candidaturas electivas. Referimos al titular de los trabajadores de comercios.

Bibliografía

Carpena, Ricardo y Claudio A. Jacquelin (1994) *El intocable*. Sudamericana. Buenos Aires.

Carreton, Manuel Antonio (2001) *Política, partidos y sociedades en la época contemporánea en Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas* Paidós, Buenos Aires

Gaudio, Ricardo y Héctor Domeniciconi (1986) *Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática*. Desarrollo Económico. Nº 103. IDES. Buenos Aires.

James, Daniel (1988) *Resistencia e integración*. Sudamericana. Buenos Aires.

Leiras, Marcelo (2007) *Todos los caballos del rey* Buenos Aires Prometeo.

Levitsky, Steven (2004) *Del sindicalismo al clientelismo: la transformación de los vínculos partido-sindicatos en el peronismo, 1983-1999*. Desarrollo Económico. Nº 173. IDES. Buenos Aires.

Levitsky, Steven (2005) *La transformación del justicialismo. Del partido sindical, al partido clientelista, 1983-1999*. Siglo XXI. Buenos Aires

Mackinnon, Moira: (2002) *Los años formativos del partido peronista.*, Instituto Di Tella – Siglo XXI. Buenos Aires

Mustapic, Ana María (2002) *"Del partido peronista al partidos justicialista"* en Cavarozzi Marcelo y Juan Abal Medina (compiladores) *El asedio a la política*. Los partidos

latinoamericanos en la era neoliberal, Konrad Adnauer–HomoSapiens. Quilmes

O`Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter (1988) *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas. Tomo 4.* Paidós. Buenos Aires.

Palacio, Héctor (1995) *Historia del Movimiento Obrero Argentino Tomo IV.* Ediciones del autor. Buenos Aires.

Pausadela, Inés (2004) *Los Partidos Políticos han muerto. ¡Larga vida a los Partidos!* En Isidoro Cheresky y Jean-Michel Blanquer (compiladores) *¿Qué cambió en la política Argentina?* HomoSapiens, Rosario.

Quiroga, Hugo (2000) *La experiencia democrática: entre pasado, presente y futuro.* Estudios Sociales N° 18, Primer Semestre, UNL, Santa Fe

Rinesi, Eduardo y Gabriel Vommaro (2007) *Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos.* En AAVV. *Las lentes de Víctor Hugo.* Prometeo. Buenos Aires.

Torre, Juan Carlos (1983) *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976.* CEAL, Buenos Aires.